

CULTURA

PALOMA DÍAZ-MAS Nueva académica de la RAE

“Si cambia la vida, cambia la literatura”

MANUEL MORALES, Madrid
Paloma Díaz-Mas (Madrid, 66 años) tiene las dos almas que se complementan en la Real Academia Española (RAE) y que a veces se disputan una silla en la institución: la filóloga y la literaria. “Ese doble perfil de investigadora y en la creación”, decía el sábado por teléfono, es el que cree que le permitió ser elegida el pasado jueves para la silla i, la que ocupó la científica Margarita Salas hasta que falleció en noviembre de 2019. Díaz-Mas se impuso a la también filóloga Dolores Corbella. Fue la segunda ocasión, la primera en 1978, en que a una silla aspiraban solo mujeres. Entonces, Carmen Conde se convirtió en la primera académica de la institución al imponerse a la escritora Rosa Chacel y la médica Carmen Guirado. Con Díaz-Mas habrá ocho mujeres y 35 hombres. Estudiosa de la literatura oral, en especial el romance, y del judeoespañol, ya jubilada, Díaz-Mas dio clase 18 años en la Universidad del País Vasco, hasta 2001, antes de trabajar otros 18 en el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Pregunta. ¿Es usted más filóloga o literata?

Respuesta. Una cosa alimenta a la otra. Parte de mi obra literaria se inspira en obras que he estudiado como filóloga. Por ejemplo, mi novela *El rapto del Santo Grial* [finalista del Premio Herralde en 1983] tiene elementos que provienen del romance y la lírica popular. Y al revés, por ser escritora me han dicho que mis publicaciones científicas se leen con claridad. Parte de la autobiografía de un escritor son los libros que ha leído porque forman parte de su experiencia. Un escritor aprende a escribir leyendo.

P. ¿Y a escribir así la ayudó también que estudió periodismo?

R. Simultaneé Filología Románica y Periodismo porque ambas



Paloma Díaz-Mas, en un parque de Vitoria. / LINO RICO

tenían que ver con la comunicación y el uso del lenguaje. Luego me acerqué a lo sefardí gracias a un trabajo para una asignatura de periodismo.

P. ¿Sentarse en la silla de Margarita Salas es especial?

R. Muy especial, me hace ilusión. Era una gran científica, dirigió un laboratorio científico. Me siento vinculada a ella, no sería lo mismo haber ocupado otra silla.

P. ¿Por qué se ha dedicado a las palabras?

R. Publiqué en 1973, con 19 años, mi primer libro [un volumen de relatos, *Biografías de genios, traidores, sabios y suicidas según antiguos documentos*]. Había una vocación por dedicarme a la literatura. La Editora Nacional, del régimen franquista, quiso renovar títulos y pidió en un anuncio en el periódico obras originales. Imagine lo que sería ahora eso. Me citaron y cuando llegué me dijeron: “¡Anda, creíamos que habíamos quedado con una escritora y es una niña!”.

Era el final del franquismo y todas las posibilidades parecían abiertas, aunque había una generación perdida de escritores en el exilio que luego no encontró su hueco. En los ochenta surgió la Nueva narrativa española, en la que coincidimos autores de distintas edades. Había frescura y editoriales independientes pequeñas.

P. Su editorial ha sido Anagrama, ¿cómo se inició esa relación?

R. Hasta 1983, cuando se convocó el primer Premio Herralde de novela, yo tenía escritas dos novelas e iba por ahí a ver si me las publicaban. Ese año fui finalista con Enrique Vila-Matas y ganó Álvaro Pombo. Jorge Herralde me la publicó. Yo no sabía nada del mundo editorial, ni siquiera quién era Herralde.

P. Luego publicó novela histórica.

R. En realidad, la única de ese género es *La tierra fértil* (1999) [ambientada en la Cataluña feudal]. El resto han sido más novelas alegóricas, aunque desde

“Me hace ilusión sentarme en la silla de Margarita Salas”

“La pandemia ha cambiado los hábitos lectores. Manejamos palabras nuevas”

2004 tendí a la autoficción. Mis últimos libros son narrativa de no ficción. El escritor evoluciona.

P. En 2014 publicó *Lo que aprendemos de los gatos*. ¿Qué aprendió?

R. ¡Ah!, mi gran éxito literario [risas], traducido al alemán, al portugués... Aprendí la capacidad de centrarse en el presente. Trata de un gato que observa a los humanos, que tienen una enfermedad llamada razón, con la

que generan unos tóxicos, que son las ideas. Es un libro con humor que invita a reflexionar sobre el presente.

P. Como estudiosa de la lengua, se ha fijado en la literatura oral y el romance.

R. El romance entró en el canon gracias a Menéndez Pidal y desde ámbitos como el Instituto Escuela. Es una literatura oral, que se transmitía de generación en generación. En los ochenta me fui a recoger romances en pueblos de Lugo, León, el norte de Castilla... Hoy el romance ha perdido esa función de contar la vida porque esta se ha transformado.

P. En el último año la vida también ha cambiado por la pandemia. ¿Afectará al lenguaje, a cómo nos comunicamos?

R. Ya ha cambiado hábitos lectores. El confinamiento sirvió para aumentar la lectura y está surgiendo una literatura relacionada con esto. Va a influir porque ya manejamos palabras nuevas. Cuando los atentados del 11-M en Madrid hicimos un trabajo de investigación sobre las manifestaciones de duelo colectivo. Escribí un artículo que analizaba el uso de textos literarios para expresar ese duelo. Esto quiere decir que la literatura tiene una función en la vida y que si cambia la vida, cambia la literatura.

P. Su otra pasión investigadora es el judeoespañol, el castellano que se llevaron los judíos expulsados en el siglo XV de la Península. ¿Cree que debería recuperarse esta lengua en España?

R. El estudio del judeoespañol conviene hacerlo porque hay mucha literatura y cultura. Otra cosa, muy complicada, es revitalizar una lengua que lleva un siglo en decadencia porque perdió prestigio entre sus propios hablantes y se relegó al ámbito doméstico.

P. Su próximo libro será su primera incursión en la literatura infantil.

R. Es una colección de romances para niños, adaptados a situaciones actuales. Romances clásicos como el de la doncella guerrera, que se vestía de hombre para ir a la guerra, pero aquí será porque quiere jugar al fútbol. Me ha divertido mucho escribirlo.

CAFÉ PEREC / ENRIQUE VILA-MATAS

Thomas Wolfe era una fiesta

Thomas Wolfe creía que había que producir una obra de peso (en todos los sentidos de la palabra) para poder considerarse escritor. “Quería ver libros gordos, con muchas páginas”, según James Thurber. Y Faulkner lo vio como el mejor de su generación, colocándose en segundo lugar él mismo, y a Dos Passos tercero del podio. Y aunque hoy sabemos que el mejor era Faulkner, nos equivocáramos menospreciando la espectacular energía narrativa que inyectó Wolfe en todo lo que hizo. Para Piglia fue un Fausto moderno que intentó lo imposible: que entrara el mundo entero en sus novelas. De toda su obra lo que hoy más atrae la atención de los lectores son las piezas breves: sus cuentos (reunidos

por Páginas de espuma) y brillantes libros como *Historia de una novela*, que acaba de publicar Periférica y donde Wolfe condensa la historia de cómo escribió su gigantesca segunda novela, *Del tiempo y el río*, y nos da detalles de su imperiosa necesidad de introducir al mundo entero en lo que escribía, como si cada momento para él fuera una ventana sobre el tiempo y ese instante estuviera conectado con todo, hasta con el pasado más remoto.

Adicto a la más radical desmesura, hasta resulta raro que Italo Calvino no lo incluyera en el capítulo dedicado a la Multiplicidad en *Seis propuestas para el próximo milenio*. Ya ese afán por reinar sobre el tiempo estaba en su celebrada y

torrencial primera novela, *El ángel que nos mira*: “Buscamos el gran lenguaje olvidado, el perdido sendero (...) Cada uno de nosotros es el total de sumas que aún no ha sumado: reducidos de nuevo a la desnudez y a la noche, y veréis cómo empezó en Creta, hace cuarenta mil años, el amor que ayer terminó en Texas...”.

Se dice que el original de *El ángel que nos mira* apenas cabía en el despacho del gran editor Maxwell Perkins, que advirtió el genio del principiante, pero supo especializarse en rebajarle el desbordado tono de sus fiestas textuales. La historia de la compleja relación entre Wolfe y Perkins nos la han contado en un largometraje indolente, sin alma (*El editor de libros*, de Michael Grandage), pero es tam-

bién la que Wolfe narra con sumo talento en *Historia de una novela*, donde sintetiza a la perfección el clásico conflicto que nace del éxito de un primer libro y las dificultades para avanzar en la escritura del segundo. Las dificultades llegaron cuando la desbordante alegría por el inesperado triunfo comenzó a convertir a Wolfe, más que nunca, en la fiesta ambulante, móvil, que siempre había sido, lo que le obligó a reaccionar: “De repente, me vi en la penosa necesidad de asumir que mi tarea requería un trabajo diario constante. Y aunque a muchos les parecerá un descubrimiento elemental, no estaba preparado para ello”.

Para Wolfe, nuestro Fausto moderno, los días se desgarraban en minutos y zumbaban como moscas que volaban de nuevo hacia la muerte, “aunque cada momento era una ventana sobre el tiempo”. Gigante absoluto de la escritura megalomana, se da la gran paradoja de que sólo sus excepcionales obras breves siguen hoy a la altura de aquella ventana alta.